

Gutiérrez Reyna, Jorge

Dos mujeres frente a la totalidad del universo: sor Juana Inés de la Cruz y sor María de Jesús de Ágreda*

Cuadernos de Literatura, vol. XXV, 2021, Enero-Junio, pp. 1-12

Pontificia Universidad Javeriana

DOI: <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl25.dmtu>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=439874666015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en [redalyc.org](https://www.redalyc.org)

Dos mujeres frente a la totalidad del universo: sor Juana Inés de la Cruz y sor María de Jesús de Ágreda*

Two Women Facing the Totality of the Universe: Sor Juana Inés de la Cruz and sor María de Jesús de Ágreda

Jorge Gutiérrez Reyna^a

Universidad Nacional Autónoma de México, México

jorgegutierrez@filos.unam.mx

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9122-6472>

DOI: <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl25.dmtu>

Recibido: 15 Junio 2019

Aceptado: 15 Septiembre 2019

Publicado: 20 Agosto 2021

Resumen:

El presente artículo busca llamar la atención sobre la notoria influencia que la obra de la monja española sor María de Jesús de Ágreda (1602-1665) ejerció sobre la de sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), sobre todo en su *Primero sueño*. A través de la obra de sor María, en particular su *Mística Ciudad de Dios*, puede establecerse un vínculo entre la obra maestra de la jerónima y uno de los que podemos considerar como uno de sus escritos menores y menos conocidos: los *Ejercicios de la Encarnación*. En los textos anteriores hay un elemento en común: el alma de una mujer se ve favorecida por una visión de la totalidad.

Palabras clave: literatura hispanoamericana, poesía, escritora, historia literaria, comunidad religiosa, misticismo.

Abstract:

The present paper attempts to call attention to the notorious influence that the work of the Spanish nun sor María de Jesús de Ágreda (1602-1665) exerted over the work of sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), particularly over the *Primero Sueño*. Through the work of sor María, especially in her book *Mística Ciudad de Dios*, a bond can be established between the master piece of the Mexican nun and one of her minor and less known texts: *Ejercicios de la Encarnación*. In the texts above, there is an element in common: The soul of a woman is favored with a vision of totality.

Keywords: hispanic literature, poetry, woman writer, literary history, religious community, mysticism.

Siempre me ha resultado admirable la capacidad que tuvo sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695) para transformar su realidad inmediata —repleta de santos dolientes y vírgenes piadosas— en verdaderas obras maestras. Detrás de algunos de sus poemas late todavía la imaginería y retórica cristianas que, insertas en nuevos contextos, adquieren un brillo insospechado: recordaría la poeta, por ejemplo, al escribir en un bien conocido soneto de amores y celos, “Baste ya de rigores, mi bien, baste”, aquello que solía repetir san Francisco Xavier al sentir su pecho incendiarse por el amor divino: “Basta, Señor, de ardores, basta”. En ocasiones, también toma prestadas imágenes de largos y grisáceos poemas en loor a algún prelado para reciclarlas en sus obras más célebres: cuando dice en su romance decasílabo esdrújulo, al referirse a los dedos de su amada Lisi, “Dátiles de alabastro tus dedos / fértiles de tus dos palmas brotan, / rígidos si los ojos los miran, / cálidos si las almas los tocan” (*Obras completas* 61; vol. 1, vv. 45-48), piensa, sin duda, en los versos del poeta José López Avilés, quien en su *Debido recuerdo* dijo que los dedos de fray Payo Enríquez de Ribera, arzobispo-virrey, eran “dátiles de palmas” con que “se llevaba los ojos y las almas” (vv. 615-616).¹

Desde hace varios años, buena parte de la crítica se empeña en traer a colación un alud de obras de las que, supuestamente, la monja se habría valido para entretrejer su *Primero sueño*: Dionisio Areopagita, Platón, Macrobio, Kircher, etcétera. Algunas de esas fuentes, no lo pongo en duda, debió consultarlas sor Juana, pero, si nos tomamos la molestia de indagar un poco en su contexto más inmediato, descubriremos que muchas otras no solo son raras en nuestro tiempo, sino que también lo eran en el siglo XVII, y que algunas, de hecho,

Notas de autor

^a Autor de correspondencia. Correo electrónico: jorgegutierrez@filos.unam.mx

no pudo siquiera haberlas conocido. Pero nos empeñamos: quizá creemos que la consulta de un volumen recóndito y exótico vuelve a sor Juana más sabia o mejor poeta. Lo que sí revela en ella sabiduría e intuición poética, a mi modo de ver, es su capacidad de transformar los materiales de los que dispone, tal vez pedestres desde nuestro punto de vista, en versos exquisitos.

Gran parte de la literatura que rodeaba a sor Juana, la que formaba parte de su día a día, estaba conformada por obras que hoy nos resultan, cuando menos, aburridas: vidas de monjas, ejercicios espirituales, sermones. En esa literatura devocional, que sus hermanas y ella misma consultarían a menudo, he encontrado algunos elementos que, considero, ayudan a comprender mejor algunas de sus obras. Durante las líneas siguientes, me gustaría llamar la atención sobre la notoria influencia que la obra de la monja española sor María de Jesús de Ágreda (1602-1665), sobre todo aquella intitulada *Mística Ciudad de Dios*, ejerció sobre la de sor Juana, en especial en su *Primero sueño*. Es de mi interés, además, mostrar cómo la obra de sor María funciona como una suerte de bisagra entre la obra maestra de la jerónima y uno de los que podemos considerar como uno de sus escritos menores y menos conocidos: los *Ejercicios de la Encarnación*, dedicados a atizar la piedad y el fervor religioso de sus hermanas. En los textos anteriores hay un elemento en común: el alma de una mujer que se ve favorecida por una visión de la totalidad, es decir, por una visión de todo cuanto en el universo es, ha sido y será.

El Aleph de sor Juana

Es imposible determinar en qué fecha comenzaría la Décima Musa a proyectar sobre la página en blanco aquella sombra piramidal y funesta que oscurece los primeros versos de su silva filosófica. Aunque desconocemos su fecha precisa de composición, sabemos que el poema se publicó por primera vez, con el título de *Primero sueño*, dentro del segundo volumen de obras reunidas de la monja, impreso en Sevilla a mediados de 1692. También tenemos la certeza de que, como casi todos los escritos de su tiempo, circuló manuscrito antes de verse en letras de molde, tal como dejan ver unas líneas archiconocidas de la *Respuesta a sor Filotea*, firmada en marzo de 1691. En estas, la autora hace una confesión —poco creíble— y refiere el título con que otros “llaman” a su obra, a la que califica —no sin falsa modestia— de “papelillo”: “No me acuerdo haber escrito por gusto si no es un papelillo que llaman *El Sueño*” (líneas 1266-1267). Al testimonio de la propia autora, hay que añadir el del anónimo “caballero recién venido a la Nueva España”, que publica en el *Segundo volumen* un romance dedicado a la monja y, por tanto, escrito antes de 1692 (se puede leer en el primer volumen de sus *Obras completas*, 48 bis; vv. 93-96):

*Descansando aquella noche
que llegué a aqueste paraje,
tu Sueño me despertó
de mi letargo ignorante.*

Así pues, puede asegurarse, con base en la información con la que contamos, que el poema ya andaba de mano en mano al menos un año antes de que se viera en letras de molde. ¿Lo escribiría sor Juana por esas fechas? Aunque es imposible determinarlo, es de suponer que una obra de esta envergadura le tomara a su autora muchos años de trabajo.

El *Primero sueño* —o *Sueño* a secas— es la obra más ambiciosa de sor Juana, en la que conjuntó las dos grandes pasiones de su vida: el insaciable deseo de conocimiento y la pasión por escribir versos. El título remite deliberadamente a la *Primera soledad* de Luis de Góngora, a la que imita también en la forma poética —las dos son silvas— y en los rasgos más evidentes de su estilo; el epígrafe que antecede a la obra en el *Segundo volumen* es contundente a este respecto: “Que así intituló y compuso la madre Juana Inés de la Cruz, imitando a Góngora”. Las diferencias son mucho más acusadas, sin embargo, que las semejanzas. En la bien conocida

“Aprobación” a la *Fama y obras póstumas* (1700), Diego Calleja cita textualmente unas palabras de sor Juana a propósito del argumento de la obra: “Siendo de noche, me dormí; soñé que de una vez quería comprender todas las cosas de que el universo se compone; no pude, ni aun divisas por sus categóricas, ni a un solo un individuo. Desengañada, amaneció y desperté” (29). Esa línea argumental, que la autora hace parecer tan simple, no es recta: a lo largo de los 975 versos que lo componen, el poema se demora en las descripciones de la caída de la noche —“Piramidal, funesta...” (v. 1)— o del triunfo de la aurora —“Amazona de luces mil vestida” (v. 899)—; se introduce hasta la oscura cueva donde el “rey” de los animales, el león, duerme, como se creía en la época, con los ojos abiertos —“aun con abiertos ojos no velaba” (v. 112)— y, en un parpadeo, asciende y planea a la par del vuelo altísimo del águila, “que puntas hace al cielo”, y se “bebe los rayos” del sol.

Aunque parece dar el hecho por sentado, en el resumen de la silva que ofrece a Calleja, sor Juana no explicita que ese intento de “comprehender todas las cosas de que el universo se compone” presupone, justamente, la visión de todas aquellas cosas. En octubre de 1941, Borges —su doble ficcional— contemplaba, en una vieja casa de la calle Garay, las fotografías de Beatriz colgadas de la pared. Luego de intercambiar algunas palabras con el detestable Carlos Daneri, bajaría diecinueve escalones hacia el sótano y vería el Aleph: una pequeña esfera de luz en la que puede verse, en sus propias palabras, “el inconcebible universo” (342). Podría decirse que sor Juana —su doble poético— contempló también una suerte de Aleph mientras dormía entre los muros del convento de San Jerónimo de la Ciudad de México. En la parte central de su *Sueño*, el alma de la durmiente se ve encumbrada en un altísimo monte intelectual tan alto que el Olimpo “aun falda suya ser no merecía” (v. 316), más elevado que “las pirámides dos, ostentaciones / de Menfis vano” (vv. 340-341) o que la “blasfema, altiva torre” (v. 414) de Babel. Desde ese privilegiado mirador, el alma

gozosa mas suspensa,
suspensa pero ufana,
y atónita aunque ufana
[...]
la vista perspicaz, libre de antojos,
de sus intelectuales bellos ojos,
sin que distancia tema
ni de obstáculo opaco se recele
de que interpuesto algún objeto cele,
libre tendió por todo lo criado. (216; vv. 436-445)

Esta visión de todas las cosas de las que el universo se compone parece ser, en cierto modo, el eje del poema. Desde mi punto de vista, el *Sueño* tiene, en cierto modo, una constitución tripartita: “piramidal”, la primera palabra del poema, constituye una clave de lectura fundamental en este sentido. Considero que podría resultar iluminador pensar en la macroestructura de la obra como una pirámide de pirámides; el movimiento que regiría por entero el ritmo de la composición sería, asimismo, de un continuo ascenso y descenso. Desde los primeros versos —en los que cae la noche y atestiguamos el dormir del mundo— el *Sueño* asciende de forma continuada hasta la visión de la totalidad, la cumbre de la macroestructura y clímax del poema; después, vendrá una caída en picada que desemboca en el desengaño y el despertar. El resto de las pirámides que conforman y sostienen la macroestructura, corresponderían, por un lado, a las numerosas que a lo largo del poema se aluden: la sombra “funesta” que emerge de la tierra (vv. 1-4); las dos de “Menfis vano” (vv. 340 y ss.); la de la “humana mente” que aspira siempre a la “causa primera” (vv. 399-411); la del conocimiento, escalonada, por la que sube el entendimiento que, “grado a grado”, se cultiva (vv. 593-616); o, incluso, la luminosa que proyecta la “linterna mágica” sobre la “blanca pared” (vv. 873-886). También están las pirámides simbolizadas por las varias triadas que aparecen a lo largo del texto: la de las tres “nocturnas aves” —lechuza, murciélagos y búho (vv. 19 y ss.)—, la de las tres bestias que, a su modo, resisten el sueño —león, ciervo y águila (vv. 97 y ss.)— y la de los tres órganos insomnes que aseguran la vida mientras el resto del cuerpo humano duerme —corazón, pulmones y estómago (vv. 204 y ss.)—. Hay, por último, diversos pasajes que reproducen, en menor escala, el

movimiento de ascenso y descenso de toda la macroestructura: la vista, “no descendida, sino despeñada”, desde la punta de la pirámide que intentó, en vano, mirar (vv. 354-368) y Faetón, quizá el símbolo más importante del poema, que quiso subir a las alturas por donde corre día con día el carro del sol y terminó sepultado bajo las aguas, “cerúlea tumba a su infeliz ceniza” (vv. 781-810).²

En la obra de sor Juana existe únicamente otra mujer a quien también se le muestra la totalidad del universo: la Virgen María. Ello acontece en un texto cuyo título completo es como sigue: *Ejercicios devotos para los nueve días antes de la purísima Encarnación del Hijo de Dios, Jesucristo, Señor nuestro*. Agazapados en un rincón de la producción de sor Juana, modestos, extraños y alejados de nuestra sensibilidad, los *Ejercicios de la Encarnación*, como comúnmente se los conoce, constituyen una pequeña obra en prosa que ha llegado a nuestras manos gracias a su inclusión en la *Fama y obras póstumas* (1700), tercer tomo de obras reunidas de la monja publicado en Europa. Hubo, sin embargo, una edición suelta previa, pues junto con su célebre *Respuesta*, firmada 9 años antes de la publicación de la *Fama*, sor Juana ya remitía al obispo Manuel Fernández de Santa Cruz —alias Sor Filotea— “algunas copias” tanto de los *Ejercicios* como de los *Ofrecimientos de los Dolores*, otro texto de corte devocional, para que las repartiera “entre nuestras hermanas las religiosas de esa santa comunidad [el Convento de la Santísima Trinidad] y demás de esa ciudad [Puebla]”. De la segunda de estas obras, dice, va solo una copia “porque se han consumido ya y no pude hallar más” (incluso en el terreno de esta literatura piadosa, sor Juana era un *bestseller*). Los *Ejercicios* y los *Ofrecimientos* se imprimieron, asegura su autora, “con gusto mío por la pública devoción, pero sin mi nombre”, y añade que ha escrito ambas obras “años ha” (líneas 1388-1397). En las notas a su edición, Alberto G. Salceda conjeta, a partir de la mención de unos “temblores, que pocos años ha, con tanto terror nos amenazaron” (líneas 337-338), que los *Ejercicios* debieron escribirse entre 1684 y 1688, puesto que sabemos que en 1682 se suscitaron en la Ciudad de México fuertes sacudidas telúricas.³

Podría decirse que los *Ejercicios* son, en gran medida, el relato del viaje que la Virgen emprende por todas las regiones del universo, desde las ínfimas hasta las celestes. En la introducción a los mismos, sor Juana nos cuenta que el mismo Dios, durante los nueve días anteriores a la Encarnación, y con el fin de “prevenirla y adornarla a la grandeza que había de tener, elevándola al inexplicable título de madre suya”, hizo a la Virgen el tremendo favor de “mostrarle toda la creación del Universo, haciendo que todas aquellas criaturas la fuesen jurando reina y dándole obediencia” (líneas 32-34). Tanto en el *Sueño* como en los *Ejercicios*, pues, estamos ante dos mujeres a quienes se les concede una visión de todo lo creado.

La finalidad de los *Ejercicios* es preparar espiritualmente a las monjas durante los nueve días previos para recibir, como Dios manda, el día de la fiesta de la Encarnación, o sea, aquel en el que se rememora el momento en que Cristo comenzó a gestarse en el vientre de la Virgen. Para cada uno de esos nueve días el texto destina tres apartados. En el primero de estos, bajo el rubro de “Meditación”, sor Juana describe la totalidad que a la Virgen se le revela. Esta descripción está estructurada de acuerdo con el Génesis: a cada uno de los primeros seis días de los ejercicios le corresponde un día de la creación y las respectivas criaturas que en él fueron concebidas; los tres días faltantes, María conoce, una a una, a las jerarquías angélicas. Es sobre todo en esta primera sección de los *Ejercicios* que sor Juana hace gala de una prosa espléndida, insospechada en una obra de esta categoría. De hecho, en numerosas ocasiones la descripción que pinta esta “obrita” devocional parece estar en plena consonancia con los versos del *Primero sueño*.

Tome el lector como ejemplo el quinto y sexto día de los *Ejercicios*. En el primero de estos, Dios crea los animales que pueblan el mar y los aires: “Crió Dios ballenas y todas las diferencias de peces que tienen las aguas, y todas las aves que ocupan el viento” (líneas 460-462). Sor Juana añade a ello una consideración importante: “Gozaron alma sensitiva aves y peces; habiendo en el tercero [día], dado Dios alma vegetativa a las plantas, para que así, por grados, fuesen creciendo las primorosas obras de aquella Sabiduría inmensa” (líneas 465-468). Esta misma observación la hace la monja mexicana en su obra cumbre, al momento que el alma pasa de investigar a la “noble jerarquía” que vive “en vegetable aliento” (vv. 624-625) a

*forma inculcar más bella,
de sentido adornada,
y aun más que de sentido, de aprehensiva
fuerza imaginativa:
que justa puede ocasionar querella,
cuando afrenta no sea,
de la que más lucida centellea
inanimada estrella,
bien que soberbios brille resplandores. (vv. 640-647)*

Los peces en este día de los *Ejercicios*, como en un pasaje bien conocidos del *Sueño* —“y los dormidos, siempre mudos peces, / en los lechos lamosos / de sus oscuros senos cavernosos, / mudos eran dos veces” (vv. 89-92)—, se caracterizan por su “retórico silencio” (líneas 470-471). Las aves, por su parte, saludan a su “nueva Aurora [María] con armonioso canto” (líneas 471-472); en la silva son también los pájaros quienes acompañan a la esposa de Titón:

*Pero apenas la bella precursora
signifera del sol, el luminoso
en el Oriente tremoló estandarte,
tocando al arma todos los suaves
si bélicos clarines de las aves,
diestros, aunque sin arte
trompetas sonorosos. (vv. 917-923)*

El sexto día es el más importante de la creación, pues en él fueron creados los animales de la tierra y el hombre. Me interesa aquí, sobre todo, señalar el elogio que sor Juana hace del ser humano en los *Ejercicios*: “Acabó Dios sus obras *ad extra*, y perfeccionólas con formar a su semejanza al hombre para rey del universo mundo” (líneas 557-559). Más adelante agrega: “Todos los hombres (aunque no naturales) hijos son de Dios y de María y hermanos de Cristo Nuestro Señor; imágenes son hechas a la similitud de Dios, y Cristo es imagen hecha a semejanza del hombre. ¡Mira qué mutua correspondencia [...]!” (líneas 706-710). En el *Sueño*, el elogio, en términos muy similares, no es menos entusiasta:

*Fin de sus obras, círculo que cierra
la esfera con la tierra,
última perfección de lo criado,
y último de su eterno Autor agrado,
en quien con satisfecha complacencia
su inmensa descansó magnificencia. (vv. 671-676)*

A pesar de ser la más privilegiada de las criaturas de Dios, sor Juana no pierde de vista el carácter caduco del ser humano ni en los *Ejercicios* ni en el *Sueño*. En los primeros, luego de encumbrarlo, le dice a sus lectores: “Si la que era toda Cielo, y Cielo más excelente que los cielos [María], se llamaba *polvo*, los que somos polvo ¿qué haremos en confesarlo?” (líneas 291-293); en el segundo escribe: “Cuanto más altivo toca, / sella el polvo la boca” (vv. 678-679).

Las otras dos secciones en que se divide cada uno de los nueve días de los *Ejercicios de la Encarnación* reciben los títulos de “Ofrecimiento” y “Ejercicios”. En la primera, sor Juana incita a sus hermanas a solicitar de Dios y de su madre algunas virtudes, como la humildad o la sabiduría. En la última de las secciones de cada día, destinada propiamente a los ejercicios, sor Juana aconseja a sus hermanas realizar acciones purificadoras: rezar ciertas oraciones, dar limosna, dejar de comer o mortificarse con un cilicio (“si pudieren”). Hay que decir que, en lo que concierne a la mortificación del cuerpo, sor Juana es sumamente parca si comparamos sus *Ejercicios* con otros de la época; cuando aborda el asunto, lo hace solo para cumplir con las exigencias mínimas

del género: “La autodenigración está solo expresada formulariamente, mencionada de pasada y no realmente desarrollada, limitándose a escasas frases sueltas aquí y allá” (Río 207).

No soy yo el primero a quien se le ocurre el aparente disparate de vincular el *Sueño* con los *Ejercicios de la Encarnación*. La primera que puso las dos obras en un mismo saco fue, de hecho, la propia sor Juana. Muchas veces se dice que la única obra que nuestra poeta escribió por gusto, según su propia confesión, fue, como ya dijimos, “un papelillo que llaman *El Sueño*”. Pero en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, unas líneas más adelante, agrega, en el pasaje que ya referimos, que también los *Ejercicios* y los *Ofrecimientos de los Dolores* “se imprimieron con gusto mío”. Dos estudiosos, que yo sepa, han vinculado el *Sueño* con los *Ejercicios*. La primera fue Georgina Sabat de Rivers, quien afirma que, en los segundos, María fue partícipe de “todo el saber cósmico que fray Luis anhelaba conseguir después de la muerte y al que sor Juana misma aspiraba en vida, según nos lo cuenta en *El sueño*” (268). El segundo fue Antonio Alatorre en su edición de la *Lírica personal*, a propósito de los versos de la silva en los que el alma tiende la vista por la totalidad (vv. 435-445), quien anota: “Sin duda se acuerda sor Juana de lo que cuenta la célebre monja sor María de Jesús de Ágreda: que la Virgen María: [...] conoció junta la fábrica del Universo”; ella misma “en los *Ejercicios de la Encarnación* recuerda [...] ese pasaje”. A mi ver, se trata de dos comentarios atinados, aunque lanzados al paso, acerca de la relación entre las obras de sor Juana y, a la vez, de la relación entre estas últimas con la *Mística Ciudad de Dios*, debida a la remontada pluma de la monja de Ágreda.

La Dama de Azul

Sor Juana reconoce en sus *Ejercicios de la Encarnación* que la idea de una Virgen a quien se le muestra la totalidad del universo la ha tomado de “la venerable madre María de Jesús” (líneas 29-30), monja concepcionista, profesa en un convento de Soria, y uno de los personajes religiosos más importantes del barroco español. Además de haber sido una prolífica escritora, la monja de Ágreda jugó, como es bien sabido, un papel relevante en la política de su tiempo: mantuvo una relación epistolar no solo con el mismísimo Felipe IV, de quien era una suerte de consejera, sino con otros nobles españoles de la talla de Fernando y Francisco de Borja (véase Baranda).

La Fénix Americana no solo conocía y leía los textos de sor María, sino que la tomaba, a la par de otras mujeres sabias y virtuosas, como un modelo vital, cuyo ejercicio intelectual legitimaba y servía como defensa de su propio estudio y escritura. Además de mencionarla en los *Ejercicios*, alude sor Juana a la peninsular en la *Respuesta a sor Filotea* dos veces. A propósito de un versículo controversial de la primera Carta a los Corintios, “mulieres in ecclesiis taceant” [callen las mujeres en la iglesia] (14.34), la autora acepta que callen las mujeres en los “púlpitos y cátedras”, pero no que estudien y escriban “privadamente”. Como argumento de lo anterior, trae a colación, entre otras ilustres mujeres, a sor María de Jesús: “¿Cómo vemos que la Iglesia ha permitido que escriba una Gertrudis, una Teresa, una Brígida, la monja de Ágreda y otras muchas?” (líneas 1136-1138). Más adelante arguye que, santas o no, las mujeres tienen todas por igual el derecho a la escritura, para lo cual vuelve a traer a colación a la venerable de Soria: “La de Ágreda y María de la Antigua no están canonizadas y corren sus escritos” (líneas 1147-1148).

La obra a la que sor Juana alude concretamente en sus *Ejercicios* lleva por título *Mística Ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia, historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, reina y señora nuestra, María santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia*. Se trata de una muy voluminosa biografía de la Virgen que sor María comenzó a escribir en 1637, cuando contaba con 35 años —sor Juana tenía más o menos la misma edad cuando escribió los *Ejercicios*—. Como ella misma confiesa, pocos años después esa primera versión de la *Mística Ciudad de Dios* fue echada al fuego, junto con otros textos que giraban en torno a “materias graves y misteriosas”, “por consejo de un confesor”, que sustituía en aquel tiempo al que habitualmente atendía a la madre, el cual opinaba que “las mujeres no habían de escribir en la Santa

Iglesia". Por fortuna, la escritora volvió a tomar la pluma en 1655 y concluyó, por mandatos tanto terrestres —prelados y confesor— como divinos —Dios y la Virgen—, la magna obra por segunda vez (13-14; tomo I, § 19). En 1670, apareció al fin, póstumamente, una edición madrileña en tres volúmenes.

El título de la obra hace alusión a un pasaje del Apocalipsis: Juan vio descender de los cielos una cuadrada y sumtuosa ciudad, la Jerusalén celestial, Nueva Jerusalén o Ciudad de Dios (*Apocalipsis* 21.9-21). Esta ciudad, que suele interpretarse como una representación de las Iglesias triunfante y militante, es, según sor María de Jesús, símbolo perfecto de la Virgen María: si Cristo obró maravillas en la Jerusalén terrestre, muchas más obró en la Jerusalén celestial, es decir, en su madre. Así pues, la Ciudad de Dios mencionada en el Apocalipsis, "por los misterios que Dios obró en la ciudad santa de Jerusalén, era más a propósito para símbolo de la que era su madre, y el centro y mapa de todas las maravillas del Omnipotente". Asimismo, refiere que se ha llamado también a María *Jerusalén Nueva*, entre otras razones, "porque viene sin el contagio de la culpa y desciende de la Gracia por nuevo orden suyo [de Dios] y lejos de la común ley del pecado" (143; tomo I, libro 1, cap. 17, § 249).

En los primeros villancicos que en 1689 compuso para ser cantados en la ciudad de la Puebla de los Ángeles, muy cercana a la de México, recuerda sor Juana esta comparación entre la Virgen y la Jerusalén celestial, y aprovecha para quedar bien con su nuevo auditorio. Según ella, "los doctos", entre quienes se encuentra ciertamente sor María de Jesús, llaman a la madre de Cristo "Ciudad de Dios" y también "de ángeles" —si es "de ángeles" debía, entonces, ser poblana—; ella, en cambio, prefiere compararla con el volcán Iztaccíhuatl, siempre blanqueado por la nieve, a pesar de la cercanía del humo, tal como María siempre está inmaculada, a pesar de la cercanía del pecado:

*Dizque los doctos allá
la Ciudad de Dios os llaman,
y de ángeles: pues, señora,
vos debéis de ser poblana.
Yo os comparara, señora,
con esta sierra nevada
que, aunque tiene cerca el humo,
ella se está siempre blanca.*
(véase Gutiérrez 177-178)⁴

La *Mística Ciudad de Dios*, como he dicho, es una biografía de la Virgen dividida en tres partes. La primera está conformada, a su vez, por dos libros, que comprenden desde la concepción *ab aeterno* de la Virgen en la mente de Dios hasta sus primeras palabras, pronunciadas cuando esta contaba con un año y medio de edad. La segunda parte está compuesta por otros cuatro libros, que narran desde el momento en que el Divino Verbo se encarnó en las entrañas de María hasta la ascensión de este último a las alturas, luego de su pasión, muerte y resurrección. La tercera y última parte cuenta con un par de libros más: el primero refiere el viaje que hizo en el año 40 la madre de Dios hasta la ciudad de Zaragoza, España, donde fundó el templo de Santa María del Pilar;⁵ el segundo relata el viaje de la misma a la ciudad de Éfeso y concluye con su tránsito, asunción y coronación. A muchos de los libros de la *Mística Ciudad de Dios* sor María les añade un apartado que denomina "Doctrina"; dichos apartados están escritos en primera persona por la mismísima Virgen, que brinda a la monja escritora una suerte de consejos prácticos con el fin de que esta imite, más cumplidamente, su vida.

El libro tercero de la segunda parte es el que aquí particularmente nos interesa, por dedicarse enteramente al misterio de la Encarnación. En él, al igual que en los *Ejercicios* de sor Juana, se nos cuenta que la Virgen, antes de escuchar de labios del arcángel Gabriel que sería la madre de Dios, le fueron revelados a través de visiones todos los elementos del universo de acuerdo al orden con el que, según el Génesis, fueron creados. Para ello, durante los nueve días previos a la Encarnación, María fue visitada por espíritus angélicos, justamente a la media noche, es decir, a la "hora del mayor silencio" (63; tomo II, libro 3, cap. 9, § 100); "su alma santísima fue elevada a otra nueva y más alta habitación, más inmediata al mismo Señor, más remota de todo lo terreno

y momentáneo” (19; tomo II, libro 3, cap. 1, § 5). Recuérdese que en el *Sueño* emplea sor Juana el extraño término *conticinio*, justamente antes de explayarse sobre el dormir humano: “El conticinio casi ya pasando / iba, y la sombra dimidiaba” (vv. 151-152); la palabra, que no entró al *Diccionario de la lengua española* sino hasta 1780, no significa otra cosa que ‘la hora de la noche en que todo está en silencio’.

En la novena de las noches, inmediatamente anterior a la Encarnación, María fue beneficiada con una visión abstractiva que, de algún modo, sintetizaba todas las anteriores. Subió, en cuerpo y alma, al sitio “más inmediato al mismo Dios, fuera del que se reservaba para la humanidad del Verbo”, y desde allí

vio [...] todas las cosas criadas, y muchas posibles y futuras [...]. Conoció junta toda la fábrica del Universo que antes había conocido por sus partes y las criaturas que en él se contienen con distinción y como si las tuviese presentes en un lienzo [...]. Vio de nuevo todos los cielos y estrellas, elementos y sus moradores, el purgatorio, limbo, infierno, con todos cuantos vivían en aquellas cavernas. [...] Y como el puesto donde estaba la reina de las criaturas era eminente a todas, y solo a Dios era inferior, así lo fue también la ciencia que la dieron, porque sola era inferior del mismo Señor y superior a todo lo criado. (64; tomo II, libro 3, cap. 9, § 101)⁶

La monja de Ágreda no hablaba de oídas en lo que respecta a estas visiones de la totalidad del cosmos. La *Mística Ciudad de Dios* está escrita, en muchos sentidos, al modo de una típica vida de monja de los siglos de oro; de hecho, quien lee puede tener por momentos la sensación de estar leyendo, a través de la biografía de la Virgen, la de la propia autora: “El texto se convierte en un doble relato de vida: el de la Virgen, pero también de sor María de Jesús” (Ferrús, “Dos experiencias” 57). Esta última, al igual que la madre de Cristo, estaba acostumbrada a que la divinidad la elevara hacia miradores privilegiados. No extraña que la Santa Inquisición se haya interesado en su caso y la haya sometido a un prolongado y arduo interrogatorio entre 1649 y 1650. Estos procesos se le siguieron, sobre todo, a raíz del bien conocido episodio de su bilocación y maravillosa evangelización en el Nuevo Mundo, que habría tenido ocasión durante la juventud de la venerable, entre 1622 y 1625 (Ferrús, *La monja* 72-74). Luego de comulgar, la madre entraba en éxtasis y flotaba unos cuantos centímetros por encima del suelo. Sus hermanas solían decir que entonces su cuerpo adquiría tal ligereza que un simple roce podía enviarlo lejos, como si fuera un globo casi desinflado. Mientras su cuerpo estaba en tal estado, su alma atravesaba los mares y se presentaba ante los indígenas de Nuevo México, a quienes convertía al cristianismo. Ellos, que se acercarían luego por voluntad propia a recibir el bautismo de los franciscanos, al ser cuestionados por su raro comportamiento, aseguraban que habían visto descender del cielo a una hermosa “Dama de Azul”.

El manuscrito 7618 de la Biblioteca Nacional de España compila documentación relativa a estos procesos inquisitoriales y lleva el título de *Legajos en que se han juntado todas las calificaciones y censuras dadas a las [...] de la venerable madre María de Jesús, en [el si]glo María Coronel, abadesa del con[ven]to de la Concepción de Ágreda*. Dentro de este volumen se compila una “Relación que la venerable sor María de Jesús, religiosa del Convento de Ágreda, hizo y escribió de su letra del estado y progreso de su vida por mandado de sus superiores”. En este texto, la monja asegura que aquellos viajes emprendidos al otro lado del mundo tuvieron su origen en una visión de la totalidad, en la que pudo percibirse de la cantidad enorme de almas que se condenaban por no haber conocido a Dios. Su evangelización maravillosa a los indios del Nuevo Mundo habría sido su respuesta a esta situación, que para ella era insostenible:

Parécmese que, un día después de haber recibido a Nuestro Señor, me mostró Su Majestad todo el mundo, a mi parecer con species abstractivas, y conocí la variedad de cosas criadas. Cuán admirable es el Señor en la universidad de la tierra; mostrábaseme con mucha claridad la multitud de criaturas y almas que había y, entre ellas, cuán pocas que profesasen lo puro de la fe y que entrassen por la puerta del bautismo a ser hijos de la santa Iglesia. (f. 631r)

Destaco otra visión de la totalidad con la cual sor María fue privilegiada. La Biblioteca Nacional de España resguarda un manuscrito de corte astronómico atribuido a la venerable, titulado *Tratado del grado de luz y conocimiento de la ciencia infusa que tuvo la venerable sor María de Jesús, abadesa en el Convento de la Villa de Ágreda. Tratado de la redondez de toda la tierra, propiedades de todos sus habitadores y otros más secretos*

(ms. 10900). Se trata de una de las varias versiones que se conservan de una obra mayor, hoy perdida (véase Marco). En la introducción, la autora confiesa que le fue revelada no solo la visión de “todo lo criado”, sino también la capacidad de comprenderla mediante “la luz infusa”:

Sucediome (estando recogida después de comulgar el santísimo sacramento y darle gracias) que vino el santo ángel de grande hermosura y agrado y me dijo: [...] su alteza [...] es fiel a sus promesas y antes faltaría el cielo y la tierra que falte su palabra; quiere su majestad cumplir la que te dio de que te comunicaría ciencia infusa de todas las cosas y mostraría grandes misterios: y ordena para esto que te pongas en su presencia, esto es, estando superior a todo lo criado, y solo presente a Dios [...]. Vi lo que no es posible explicar y lo que ignoraba mi entendimiento comprehendí con favor de este Señor, quien me hizo capaz de ello con la luz infusa, sin la cual no era posible naturalmente. [...] Vi toda la tierra y su grandeza me admiró sumamente, y no menos lo que reconocí en ella. (ff. 4v-7r)

Las semejanzas que estos pasajes de la monja de Ágreda guardan con la obra de sor Juana son claras. Las visiones totalitarias que sor Juana refiere en sus *Ejercicios* y sor María en su *Mística Ciudad de Dios* y otros escritos son sumamente similares a la de la silva filosófica. Los términos exactos para hablar de ellas son muy parecidos en todos los casos. El hecho, además, de que las protagonistas de todas las visiones sean mujeres me parece digno de atenderse: todos los antecedentes del poema de sor Juana que suelen traerse a colación tienen como protagonista invariablemente a un hombre. Son bien conocidos estos antecedentes, en su mayoría pertenecientes a la tradición hermética de los sueños de anábasis, los cuales han venido repitiéndose desde que en la década de los cuarenta Vossler dedicara un estudio pionero al tema: el *Somnium* de Kepler, el *Iterexstaticum* de Athanasius Kircher, el *Somnium* de Escipión (Paz 472-482). Recientemente, en el “comento” a su edición del poema de sor Juana, Pérez-Amador ha traído a cuenta la influencia de la obra de Dionisio Areopagita (332-333).

Ahora bien, las diferencias entre las obras de la monja mexicana y la peninsular también son notables. En el *Sueño* la visión totalitaria se ha secularizado: las razones y objetivos de dicha visión en sor María de Jesús son siempre piadosos y providenciales; en sor Juana el móvil divino ha desaparecido.⁷ Otra gran diferencia entre los textos de sor María y sor Juana es que en el caso de la segunda está ausente, y esto lo ha destacado ya Octavio Paz (481-482), un guía durante la travesía hacia la visión de la totalidad: en las obras de sor María, siempre una criatura angélica o el mismo Dios llama y conduce al alma hacia la maravillosa visión; el alma de la Décima Musa está sola ante la vastedad del universo. Por último, mientras en sor María la visión es comprendida gracias a que la divinidad infunde la ciencia necesaria para ello, en la jerónima no hay sino desengaño: ante la abrumadora totalidad, el alma se despeña, desdichado Faetón, como una chispa que cae por el silencio de los abismos. Pareciera que el alma de la durmiente recibiera un castigo por introducirse en un terreno al que nadie la ha llamado, un espacio reservado para santas e iluminadas. En esa derrota el poema encuentra, sin embargo, su fortuna: nosotros, que no somos santos como sor María de Jesús de Ágreda, más bien nos identificamos con el trágico destino del alma de sor Juana y hoy leemos con mucho más placer el *Sueño* que la *Mística Ciudad de Dios*.

Coda

Sor Juana no tenía que ir demasiado lejos para encontrar fuentes de las cuales abrevar. Como dije, puede transformar libritos de rezos, obras pías, en obras extraordinarias. Es claro que, cada uno a su manera, tanto los *Ejercicios de la Encarnación* como el *Sueño* participan de una tradición —diferente a la que regularmente se aduce— en la que al alma de una mujer se le concede la visión de la totalidad. Esa tradición halla en los escritos religiosos de sor María de Jesús de Ágreda un claro exponente. La obra de la monja de Ágreda forma, sin duda, parte de los antecedentes literarios del *Sueño*; aún es preciso llevar a cabo un estudio mucho más amplio para determinar los límites de esta influencia. Creo, asimismo, que es necesario voltear a ver esa literatura religiosa que rodeaba a sor Juana, pues puede depararnos grandes sorpresas en lo que concierne al estudio de su obra.

Antonio Alatorre (“Invitación” 140) se lamenta de que la poeta se haya quedado pasmada con la visión de la totalidad y que no nos haya descrito, como sí hace Borges, algunas de las cosas vistas en su Aleph: “Un poniente en Querétaro”, “la delicada osatura de una mano”, “un astrolabio persa” (341). Yo creo que sí lo hace: el poema entero, que nos muestra una secuencia delirante de imágenes —la oreja vigilante de un venado, la insomne relojería del corazón, el camino subterráneo de la fuente—, es la descripción misma de la visión del universo a través de las posibilidades y límites del lenguaje. Recordemos que, antes de describir el Aleph, Borges advierte: “Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es” (340). También en su *Sueño* señala sor Juana que el entendimiento, al “no poder con un intuitivo / conocer acto todo lo criado”, “a sucesivo discurso / fía su aprovechamiento” (vv. 590-599). Algo parecido escribe sor María de Jesús: la ciencia de Dios es “una, simplísima e indivisible”, pero al describirla es necesario que las cosas que la componen “sucedan unas a otras” para que, “imaginándolas con este orden objetivo”, las “entendamos mejor” (34-35; tomo I, libro 1, cap. 3, § 34).

No debió ser fácil, sobre todo si se tiene el deseo del conocimiento universal, ser una mujer en el siglo XVII. Lo que yo veo en la obra de ambas autoras es una profunda necesidad de conocer el mundo, de andar sus senderos y conocer sus criaturas. Sor María de Jesús de Ágreda prácticamente no cruzó nunca las puertas de la casa que la vio nacer; cuando tenía 17 años su madre transformó la casa familiar en un convento en el que profesaría y cuyos muros la verían morir. Sor Juana tampoco tuvo mucha libertad: en 1669 tomó los hábitos y no volvió a pisar la calle en toda su vida. Quizá no debamos ni sentir lástima ni entristecernos por ellas. José Gorostiza afirmó que, gracias a la poesía, se puede “permanecer en casa y, sin embargo, viajar” (12). A través del poder de la palabra, en el espacio sin límites de la mente, estas monjas vieron lo que muy pocos: saltaron sobre las esferas cristalinas de los astros, sintieron frío en las cumbres nevadas de la sierra y una tarde se mojaron los pies a la orilla del mar.

Referencias

- Alatorre, Antonio. “Lectura del *Primero sueño*”. *Y diversa de mí misma entre vuestras plumas ando. Homenaje internacional a Sor Juana Inés de la Cruz*, coordinado por Sara Poot Herrera y Elena Urrutia. El Colegio de México, 1993, pp. 101-126.
- . “Invitación a lectura del *Sueño* de sor Juana”. *Soledades. Primero sueño*, por Luis de Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz, editado por Antonio Carreira y Antonio Alatorre, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 123-154.
- Baranda Leturio, Consolación. “Las cartas de sor María de Jesús de Ágreda a don Fernando y a don Francisco de Borja: los manuscritos de las Descalzas Reales”. *Sor María de Jesús de Ágreda y la literatura conventual femenina en el Siglo de Oro*, editado por Miguel Zugasti, Cátedra Internacional Alfonso VIII, 2008, pp. 13-32.
- Borges, Jorge Luis. *Cuentos completos*. Lumen, 2011.
- Calleja, Diego. “Aprobación”. *Fama y obras póstumas*, por sor Juana Inés de la Cruz, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 13-35.
- Cruz, sor Juana Inés de la. *El Sueño*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- . *Fama y obras póstumas*. Edición facsimilar, introducido por Antonio Alatorre, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- . *Obras completas. Comedias, sainetes y prosa*, tomo IV, editado, introducido y anotado por Alberto G. Salceda, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- . *Obras completas. Lírica personal*, tomo I, editado, introducido y anotado por Antonio Alatorre, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Ferrús Antón, Beatriz. *La monja de Ágreda. Historia y leyenda de la Dama de Azul en Norteamérica*. Publicacions de la Universitat de València, 2008.

- . “Dos experiencias, un destino: sor María de Jesús de Ágreda y sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo”. *Sor María de Jesús de Ágreda y la literatura conventual femenina en el Siglo de Oro*, editado por Miguel Zugasti, Cátedra Internacional Alfonso VIII, 2008, pp. 49-63.
- Gorostiza, José. “Notas sobre poesía”. *Poesía*. Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. 7-25.
- Gutiérrez Reyna, Jorge. *Los villancicos de sor Juana Inés de la Cruz: edición crítica, introducción y notas*. 2016. Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de maestría inédita.
- Jesús de Ágreda, sor María de. *Mística Ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia, historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, reina y señora nuestra, María santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia*. 3 tomos, Imprenta de la Causa de la Venerable Madre, 1670.
- . “Relación que la venerable sor María de Jesús, religiosa del Convento de Ágreda, hizo y escribió de su letra del estado y progreso de su vida por mandado de sus superiores”. *Legajos en que se han juntado todas las calificaciones y censuras dadas a las [...] de la venerable madre María de Jesús, en [el si]glo María Coronel, abadesa del con[ven]to de la Concepción de Ágreda*. Ms. 7618, Biblioteca Nacional de España, 1649.
- . *Tratado del grado de luz y conocimiento de la ciencia infusa que tuvo la venerable sor María de Jesús, abadesa en el Convento de la Villa de Ágreda. Tratado de la redondez de toda la tierra, propiedades de todos sus habitadores y otros más secretos*. Ms. 10900, Biblioteca Nacional de España, siglo XVIII.
- “Jorge Gutiérrez Reyna”. *Enciclopedia de la literatura en México*, 6 de agosto de 2019, <http://www.elem.mx/autor/datos/107212>
- López Avilés, José. *Debido recuerdo de agradecimiento leal*. Estudiado, editado y anotado por Martha Lilia Tenorio, El Colegio de México, 2007.
- Marco Frontelo, Jaime. “Astronomía y salvación en la España de los Austrias: el ‘Tratado de la mapa’ de sor María de Jesús de Ágreda”. Estudios Superiores del Escorial, *La ciencia en el Monasterio del Escorial*, Ediciones Escurialenses, 1993, pp. 649-666.
- Méndez Plancarte, Alfonso. “Introducción”. *El Sueño*, por sor Juana Inés de la Cruz, Universidad Autónoma de México, 2004, pp. VII-LXXIX.
- Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Pérez-Amador Adam, Alberto. *El precipicio de Faetón. Edición y comento de Primero Sueño de Sor Juana Inés de la Cruz*, Iberoamericana / Vervuert / Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa, 2015.
- Pfandl, Ludwig. *Sor Juana Inés de la Cruz. La Décima Musa de México. Su vida, su poesía, su psique*. Editado y prologado por Francisco de la Maza, Instituto de Investigaciones Estéticas / Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.
- Río Parra, Elena del. “Los ‘Ejercicios de la Encarnación’ de Sor Juana Inés de la Cruz o la forma de cumplir con el protocolo”. *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, vol. 27, 2009, pp. 203-210.
- Sabat de Rivers, Georgina. “Ejercicios de la Encarnación”: sobre la imagen de María y la decisión final de sor Juana”. *Estudios de literatura hispanoamericana. Sor Juana Inés de la Cruz y otros poetas barrocos de la Colonia*, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1992, pp. 257-282.

Notas

- * Artículo de investigación.
- 1 A menos que se indique otra fuente, cito siempre a sor Juana de la edición de sus *Obras completas*; empleo el primero de los volúmenes, *Lírica personal*, editado por Antonio Alatorre (2009), y el cuarto, *Comedias, sainetes y prosa*, a cargo de Alberto G. Salceda (1957). Indico, de ser necesario, el número de composición de la obra y de versos o líneas correspondientes al fragmento citado en dicha edición.
- 2 Si atendemos a las divisiones de la silva propuestas por varios estudiosos, nos daremos cuenta de que, en todos los casos, la visión ocupa el sitio central. En la propuesta por Ludwig Pfandl en 1946, el pasaje de la visión se incluye en la tercera de las cinco partes propuestas: 1) el sueño mágico, 2) la teoría del sueño, 3) la intuición del sueño, 4) el paso al umbral del sueño y 5) el nacimiento del sol (197-205). También ocupa el tercer puesto en la división, en cinco partes, de Antonio Alatorre, basada en las líneas de Calleja arriba referidas: la primera desarrolla la frase “siendo de noche”; la segunda, la de

“me dormí”; la tercera, la de “soñé que de una vez quería comprender todas las cosas”; la cuarta, la de “no pude”, y, por último, la quinta sección desarrolla la frase “desengañada, amaneció, y desperté” (“Lectura” 123-124). En 1951, Méndez Plancarte partió el poema en doce secciones; la visión de la totalidad se sitúa justamente a lo largo de la sexta sección: 1) la invasión de la noche, 2) el sueño del cosmos, 3) el dormir humano, 4) el sueño de la intuición universal, 5) *intermezzo* de las pirámides, 6) la derrota de la intuición, 7) el sueño de la omnisciencia metódica, 8) las escalas del ser, 9) la sobriedad intelectual, 10) la sed desenfrenada de la omnisciencia, 11) el despertar humano y 12) el triunfo del día (xxxiv). Octavio Paz propuso en 1984 una división tripartita y simétrica: 1) el dormir, tanto del mundo como del cuerpo; 2) el viaje, que se subdivide en las secciones de la visión de la totalidad del cosmos, las categorías y Faetón, y 3) el despertar, primero del cuerpo y luego del mundo (483-484).

- 3 No he localizado, hasta la fecha, ningún ejemplar de la edición suelta de los *Ejercicios de la Encarnación*; la más antigua que conozco de los *Ofrecimientos de los Dolores* se imprimió en México, luego de la muerte de su autora, por los Herederos de la Viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, quizá en los primeros años del siglo XVIII. Los *Ofrecimientos* fueron sumamente populares y se siguieron imprimiendo durante todo ese siglo y los inicios del siguiente en diversas ediciones sueltas; la última que conozco es de 1812.
- 4 Cito este pasaje de mi edición de los villancicos de sor Juana, porque en la edición de las *Obras completas* de Méndez Plancarte este pasaje aparece deturpado. El editor no tenía a la mano la primera edición de estos poemas, sino una muy tardía, de 1725; a causa de una serie de errores que fueron transmiéndose de una edición a otra, imprimió la lección “claridad de Dios os llaman”, en vez de “la Ciudad de Dios os llaman”, que es lo correcto.
- 5 Vale la pena citar la manera en la que María viajó hasta España, según la madre María de Jesús: “Por mandado del mismo Señor, grande número de ángeles que le acompañaban formaron un trono real de una nube refulgentísima, y la pusieron en él como a reina y señora de todo lo criado. Cristo, Nuestro Señor, con los demás ángeles se subió a los cielos, dándole su bendición, y la purísima madre, en manos de serafines y acompañada de sus mil ángeles con los demás, partió a Zaragoza, en España, en alma y cuerpo mortal. Y, aunque la jornada se pudo hacer en brevísimo tiempo, ordenó el Señor que fuese de manera que los santos ángeles, formando coros de dulcísima armonía, viniesen cantando a su reina loores de júbilo y alegría” (241; tomo III, libro 7, cap. 17, § 349).
- 6 No todas las visiones que tuvo la Virgen a lo largo de su vida son del mismo tipo. En la *Mística Ciudad de Dios*, sor María desarrolla una minuciosa tipología de las diferentes visiones con que la divinidad podía favorecer a su madre, así como a otros personajes bíblicos, santos, místicos o a cualquier otra persona en contacto con las realidades supraterrestres. La más alta de estas visiones es la beatífica, que consiste en ver a Dios a la cara, “clara e intuitivamente”; luego, viene la abstractiva, en la que Dios no “se descubre en sí mismo, inmediatamente al entendimiento criado, sino mediante algún velo o especies en que se manifiesta”; en tercer lugar, están las visiones intelectuales, que no tienen por objeto necesariamente a Dios, sino que pueden consistir en “cosas materiales y espirituales, y a las verdades y misterios inteligibles”; después, están las visiones imaginarias que “se hacen por especies sensitivas causadas o movidas en la imaginación o fantasía, y representan las cosas con modo material y sensitiva, como cosa que se mira con los ojos, o se oye, o se toca o se gusta”; por último, el quinto tipo de visiones se denominan *divinas corpóreas*, y acontecen cuando un ente sobrenatural toma un “cuerpo real” para mostrarse así a los sentidos exteriores. Este último tipo de visiones puede ser remedado por el demonio (339-356; tomo I, libro 2, cap. 14, §§ 612-640). La visión del *Primero sueño* sería, según esta escala, una visión del tercer tipo, es decir, intelectual.
- 7 Lo anterior no quiere decir que todo rastro de cristiandad haya desaparecido del *Sueño*. Como ya mencioné, el fin de los *Ejercicios* es la preparación espiritual para recibir la fiesta de la Encarnación; ese preciso misterio es también el último saber que repasa el alma durante el *Sueño*, en esa escala que va de lo más bajo —las piedras— a lo más sublime. En ambos la monja se lamenta de forma muy similar de la poca gratitud que los hombres muestran ante la decisión de Dios de tomar forma humana. Dice en los *Ejercicios*: “[Cristo] se hizo hombre y hermano nuestro. ¡Oh fineza, quién te supiera ponderar, para saberte agradecer!” (líneas 229-230). En el *Sueño* también se lamenta de que correspondamos tan mal a este misterio de la Encarnación: “¡Oh, aunque tan repetida, / nunca bastante bien sabida / merced, pues ignorada / en lo poco apreciada / parece, o en lo mal correspondida!” (vv. 699-703). En la *Mística Ciudad de Dios* es la misma Virgen, en la sección de “Doctrina” a la que ya nos referimos, la que insta a la monja de Ágreda a ponderar y agradecer la enorme merced de la Encarnación: “Pondera bien y considera a qué te obliga tan admirable dignación, y convierte esta admiración en actos vivos de fe y de amor, pues todo lo debe a tal rey y señor, que se dignó de venir a ti cuando no le pudiste buscar ni alcanzar” (84; tomo II, libro 3, § 141).

Licencia Creative Commons CC BY 4.0

Cómo citar este artículo: Gutiérrez Reyna, Jorge. “Dos mujeres frente a la totalidad del universo: sor Juana Inés de la Cruz y sor María de Jesús de Ágreda”. *Cuadernos de Literatura*, vol. 25. 2021, <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl25.dmtu>